

LÁMPARA DIURNA
Intentos

Noé Jitrik

**V PREMIO
INTERNACIONAL DE ENSAYO
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA**

ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



Jitrik, Noé.

Lámpara diurna. Intentos / Noé Jitrik.

Ciudad de México : Academia Mexicana de la Lengua, 2019.

Contiene: Discurso del autor al recibir el V Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña.

222 p. ; 21 x 13 cm. – (Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña).

ISBN 9786079830588

1. Literatura – Ensayos. 2. Poesía. 4. Semiótica. 5. Lingüística.
I. Labastida, Jaime, respuesta. II. Ser. III. t.

Dewey A864.5 JIT.1. 2019

La edición de esta obra se hizo posible con el apoyo de



EDUCACIÓN

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Primera edición: 2019

D. R. © Noé Jitrik

D. R. © Academia Mexicana de la Lengua
Iztaccíhuatl 10, Col. Florida,
Alcaldía Álvaro Obregón,
01030 Ciudad de México
info@academia.org.mx
editor@academia.org.mx
www.academia.org.mx

ISBN: 978-607-98305-8-8

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

LA PALABRA Y LA RESONANCIA

NOÉ JITRIK

Regreso, de otra manera, a este palacio. Vuelven a mis oídos voces que en su momento parecían indicar mi pertenencia a un mundo que sentía deseable y grato. Recuerdo que fue aquí donde llegó alguien, desolado, creo que era Juan Rulfo, diciendo que había muerto Julio Cortázar; recuerdo, asombrado, la manera en que Fernando Benítez contó cómo había muerto tiempo después, vaya la coincidencia, el mismo Juan Rulfo; no puedo olvidar la puesta en escena que, desafiante, vanguardista, preparó José Antonio Alcaraz de una ópera tradicional, desplazándose, orondo, entre tenores y sopranos. El tiempo, que todo lo alisa, no logra reducir la memoria y sólo nos permite un fugaz presente como el que, resignado, propone Louis Aragon, reflexivo y tristón: “Uno piensa en todo y en nada / uno escribe versos o prosa / hay que negociar cualquier cosa / esperando la madrugada. / Muchos murieron muchos viven / no a todos nos tocan las mismas cartas / antes que otro deberé partir / muchos se fueron yo sigo soñando”.

Y sí, en efecto, sigo soñando y pienso mucho en los que ya no están, mis entrañables Tito Monterroso, José Luis González, Luis Giménez Cacho, José Antonio Alcaraz, Julieta Campos, Ludvik Margules y en los más distantes, que me iluminaron,

* Leído en la Sala Manuel M. Ponce, Palacio de Bellas Artes, Ciudad de México, 14 de noviembre de 2018, al recibir el V Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña, que otorga la Academia Mexicana de la Lengua.

José Luis Martínez, Joaquín Díez-Canedo, Arnaldo Orfila Reynal, Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco, Sergio Galindo, Luis Cardoza y Aragón, y luego en los que me hicieron llegar a México, esos admirables espectros de un México en gestación, Manuel Payno, Federico Gamboa, Martín Luis Guzmán, Emilio Fernández, José Gorostiza, José Vasconcelos, John Womak, Manuel Maples Arce, pero también en los que siguen estando conmigo, Margo Glantz, Gonzalo Celorio, Hugo Hiriart, Elena Poniatowska, Margit Frenk, Jaime Labastida, Hernán Lara Zavala, Guadalupe Loaeza, Carlos Pereda, Miguel Díaz Reinoso, Fernando Ortiz Monasterio, Guadalupe Ferrer, David Huerta, Mariclaire Acosta, y luego los otros, el relevo, Esther Cohen, César González, Luisa Ruiz Moreno, Fabio Morábito, Raúl Dorra, Fernando Castaños. Y mis argentinos, que compartieron el exilio y siguieron viviendo en México y a quienes recuerdo día a día, entrañablemente ligados a una de las mayores experiencias de mi vida, eso que suena dramático, el exilio, pero que fue para Tununa, Oliverio y Magdalena una increíble saturación de imaginario, eso que los hizo vivir y crear acompañados por ¿el ángel de la poesía?

¿Para qué seguir? La red que define mi vida en México es inextricable y hoy me vuelve como un suave viento, como si todos ellos, voces calladas o voces sonoras, me estuvieran hablando: sólo sé, y me basta, que están conmigo, asumen de alguna manera mi transcurso y mi permanencia. Debo, por lo tanto, detener este flujo, y lo hago con tres solemnes declaraciones: la primera, temblorosa y frágil, nunca me fui de México; la segunda, firme y decidida, la vejez no existe. Y una tercera, la tarea, lo que se denomina la tarea, está por delante, el pasado es de otros, el futuro está aquí.

Y tiene que ver en este día, ejemplarmente, como lo que se prolonga de la gesta de Pedro Henríquez Ureña y su intento por desentrañar nada menos que el enigma de la identidad de América Latina. Imagen triste la suya, de exilio y orgullosa soledad: oí de él cuando empezaban mis devaneos con la literatura, por su obra de editor en la mítica editorial Losada y luego

por su trabajo en el Instituto de Filología Hispánica presidido por Amado Alonso, cuyos resultados se prolongan hasta El Colegio de México, y esos primeros libros, para mí, *Corrientes literarias en América Latina* y *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, hasta su novelesca muerte en un solitario vagón de un tren que debía conducirlo a la ciudad de La Plata; pero supe algo más, mucho más tarde, gracias a las evocaciones de Vasconcelos en sus deslumbrantes memorias y la veneración que por él sentía Alfonso Reyes. Maestro lo llamaba, como yo lo llamo a él y a Reyes. Destino impreciso de maestro preciso, impulsado por un deseo latinoamericano sin falla pese a que la historia, con cuyos giros tuvo tanto que ver, le reservara un papel de reclusión y de lejanía: Henríquez Ureña debía haber terminado sus días en ese México al que ayudó a comprenderse y, como había dicho Borges a propósito de un remoto Laprida, por un juego nefasto del destino se cumplió su destino sudamericano en otra parte, más cercana a mí, que no sé si llegó a ser otra patria para él.

Me fascinó en aquellos libros de Henríquez Ureña la palabra “busca”; tal como la instalaba la entendí, sin ir más lejos, por su objetivo, América Latina, esa designación generosa que empezó a inquietarme; ¿cómo podría, sin mayores recursos, recluido en un fascinante Buenos Aires que se me ofrecía en un adentro autosuficiente, encontrar una cifra para comprender esa inmensidad semántica y física? Todavía no había leído el *Canto general* de Neruda, me faltó para comprenderla mi propio exilio en México, pero luego, muy luego, ahora, creo que puedo comprenderla con y en la literatura misma que parece búsqueda desde siempre, en la palabra y en la resonancia de esas cosas inertes que la palabra despierta, cuya paradójica vivacidad carece de la noción de descanso. ¿Descansa acaso igualmente América Latina, en su desdicha, en su forma, en su relación con el mundo? Buscar, intentar, ensayar.

De dónde la palabra “ensayo”, que rotula esto que está sucediendo y que hoy me tiene como una suerte de protagonista gracias a una decisión que no estaba en mis fantasías: la Academia Mexicana de la Lengua la conformó, espero que no demasiado

arduamente, y no vaciló en concederme ese papel. Me reconoció como ensayista, palabra ambigua si cabe, y en ese papel una historia de mis relaciones con la literatura, eso que se llama trayectoria, palabra que traduce, metafóricamente, una obstinación, la de mi mirada. ¿Será ésa la virtud de lo que se reconoce como ensayo, una mirada que se convierte en acto y que establece un puente muy extraño con el objeto entrevistado y lo que de esa relación puede ampliar una comprensión? Comprensión del objeto, pero, simultáneamente, de eso que se designa como realidad o mundo o trascendencia o destino o humanidad, que todo eso es lo que indica la posición de la literatura en el combate discursivo que anima la existencia social y le da un sentido.

Eso es lo que entendí en otro momento de los llamados ensayos de Ezequiel Martínez Estrada apenas me asomé a lo que veía en una realidad díscola, atravesada por raras pulsiones, por singulares talentos. Como lo que me ocurrió cuando me asomé a la obra de Octavio Paz que con su sor Juana se pone junto al Hudson y al José Hernández de Martínez Estrada. Como a la obra de José Luis Martínez que recuperó una historia turbia o siniestra de un Cortés sobrevolando en los orígenes de este país. No como imágenes invertidas, sólo como diálogos entre poderes, la palabra, la inteligencia, la percepción.

Lejos de mí está la pretensión de considerarme heredero de esas magnitudes. Lo mío ha sido de otro tipo y escala: si en aquellos ensayos y otros de parecida dimensión, la autobiografía de Vasconcelos incluida, a la que el sesgo narrativo no le quita carácter de interpretación histórica, el helenismo de Reyes o el americanismo de Henríquez Ureña, prima un objeto único, para mí, en cambio y como variante, el objeto incitador fue siempre singular, un parpadeo semiótico que se me aparece como un llamado y que me lleva a expandirlo, a internarme en un espesor, a comprender eso que los filósofos del lenguaje llamaron perlocución, actos que las palabras generan.

Eso, quizá, la inmersión en lo particular y casi inadvertido en un texto, en un sueño, en una discusión, en un incidente,

constituye lo que otros definen como ensayo, pero no para mí, remiso a reglamentaciones; para mí sólo es ensayo porque toda escritura que comienza lo es, y así como ensayo una reflexión que tiene una pretensión teórica, cuasi filosófica, ensayo un poema, que juega con las palabras siguiendo vagas instrucciones de Mallarmé, y ensayo una narración que desafía las implacables leyes de la verosimilitud y ensayo un documento y ensayo una carta, pero eso no me hace un “ensayista”, renuncio a esa distinguida y al mismo tiempo marginal designación, cuasi profesionalista, porque en todos los casos titubeo y busco una forma —Rubén Darío lo dijo, “busco una forma”, escribó, ¡y vaya si la encontraba!— que sigue o elige diversas direcciones, la calle del poema, la avenida de la narración, el escondrijo de la filosofía, los meandros del periodismo, todas dialogan entre ellas, todas buscan lo mismo, una acción, un acercamiento siempre vacilante a eso que Drummond de Andrade dibujó como presencia e imposibilidad: “Mundo, mundo, vasto mundo / si me llamase Raymundo / eso sería una rima / no sería una solución /”, en versos que no parecen deberle nada a Heidegger; para todos el problema es el mundo y, para algunos, la palabra es el vehículo para llegar a sus muros, inexpugnables, apenas fisurados, esas levísimas fisuras por donde penetra el intento, eso que en otra parte puedo pensar que es lo que se conoce como crítica.

Mi primer trabajo en esta dirección data de 1955, ya no lo recuerdo con precisión; el último de hace pocas semanas, más de sesenta años de intentos, no sé qué queda de ellos: generosamente, la Academia Mexicana de la Lengua se arriesga a un rescate, no puedo menos que reconocerlo y, reconfortado, agradecerlo vivamente, pero también me gustaría saber, con el objeto de iniciar una conversación que me ayudaría a justificar mi ser en el tiempo y en el espacio, qué han visto en ese caudal que no logro ver yo mismo: las palabras de Jaime Labastida me acercan, me esclarecen, me hacen verme a mí mismo desde otro lugar. Pero algo hay, al menos, respetuosamente, un continuo como el que reivindicaba Reyes para su poesía.

Entre comienzo preciso, y final indefinido, hubo una evolución de mi mirada: inicialmente se posó en objetos literarios, grandes nombres, grandes obras, primero en Argentina —Sarmiento, Hernández, Borges, Arlt—, luego en Francia —Cortázar, Macedonio Fernández—, luego, por fin, en México —Vasconcelos, Gorostiza, Rulfo, Fuentes, Monterroso, Celorio, Pacheco, López Velarde, Maples Arce—, objetos atrayentes y en casi todos los casos cubiertos de lecturas y de interpretaciones, objetos a descubrir en su cara oculta para, por fin, entregarme a la fascinación de conceptos naturalizados en el uso de la lengua —acorde, blanco, significación, adjetivos, traducción, discurso, negatividad, escritura— que intento, ensayo, desnaturalizar. La literatura, en general, como decisión discursiva, sigue empero brillando enigmáticamente pero, poco a poco, lo que se vislumbra cuando se entreabren las puertas de ese vasto mundo, me sorprende, luego me deslumbra y, por fin, empiezo a ser escrito por ello.

Pero eso ahora no importa; ahora quiero decir que aunque no hay destino pura y exclusivamente individual sino vinculado con lo que recorre la vida social, incluido desde luego y no en menor medida lo político, existe el espacio de la libertad con cierto margen de elección: en parte es pulsional, reside en el ser humano mismo, en parte se nos otorga o permite; ese uso de la libertad nos individualiza y nos mide y por esa medida se nos juzga: la ética, creo, nace en esos intersticios y es, tal vez, lo que nos lleva a hacernos preguntas. Todas esas líneas se conjugan en un ritmo que sostiene lo que llamaba la Tarea, con mayúscula, no la hegeliana del final de la Historia, esa meta en la que resplandecería el sentido que han tenido sufrimientos y esperanzas, mensajes y respuestas.

Pero estoy situado, es la literatura y sus perplejidades. No ceso de preguntarme, ya no por lo que pude haber hecho con ella y de ella, sino por su posición en el comercio discursivo; lo menos que puede decirse es que ya no se parece a lo que llevó a Vasconcelos a formular su delirante y maravilloso proyecto de publicar griegos y latinos cuando todavía subsistían

los fuegos de la Revolución; ahora la literatura descrece de su poder, no descansa en una fe que parecía inamovible, la máxima expresión de una cultura; pese a extraordinarios y múltiples escritores que sacuden la conciencia latinoamericana, veo algunos aquí, otros me iluminan desde lejos, ahora, en estos tiempos turbios, está en riesgo, parece una mercancía entre otras pero más precaria y prescindible, envuelta en el proceloso mundo financiero que se ha convertido en la “forma mentis” de una política que promete el ahogo y se aprovecha del dispendio. Contra eso es arduo pero no inútil luchar, no sólo porque algunos, muchos, juegan su vida en el mundo simbólico, en la poesía, en el arte, en la conversación, sino porque la humanidad tiene derechos, puede aspirar a lo más alto para resistir lo más bajo. Shakespeare es lo único que queda en el mundo feliz que, temeroso, imaginó Huxley cuando todavía no estábamos en esto.

¿Tiene que ver con lo que digo lo que está sucediendo en este momento, lo que la Academia Mexicana de la Lengua articuló y que justifica tantos actos de resistencia, esa fe que remite a un pasado que nos enorgullece y nos promete un futuro digno de ser vivido?

Henríquez Ureña pensó en una América Latina posible; no era el único. Me pregunto cómo vería lo que se quiere hacer de ella en estos tiempos, cuando el aparato jurídico trastabilla en Brasil, en Nicaragua, en Argentina, en Ecuador; cuando la economía asfixia y no acude para que los pueblos respiren; cuando en la política predomina la transacción y las ideas se desvanecen, cuando la cultura se burocratiza y el dinero, para unos pocos, es la medida de todas las cosas. Lo que un Henríquez Ureña pensó no sería una Arcadia sino tan sólo una posibilidad que todavía seguimos acariciando. México la está respirando en estos días. Eso me hace comprender y compartir las grandes esperanzas que se abren, como habría dicho Dickens, en un pueblo que merece reconocerse más allá de la frustración y la tragedia. Lo que estoy recibiendo precisamente en estos momentos está teñido de esas esperanzas.

LA BELLEZA DE LAS COSAS

Como lugar común o como declaración teórica es algo así como un entendido que la literatura procura “conocimiento”. Esta palabra aparece con mayor fuerza cuando se habla de poesía: la poesía es conocimiento. Yo supongo que la pregunta más o menos implícita, “conocimiento de qué”, tiene dos órdenes de respuesta, o dos tradiciones interpretativas, una laica —ligada a lo social y a una idea de “mensaje”, probablemente tributario de la prosa y, en especial, de la narrativa—, otra religiosa —ligada a la trascendencia, sea cual fuere, cuyo vehículo sería en especial la poesía—. Una pregunta explícita, y la correspondiente necesidad de respuesta, tendría, en cambio, que ver con el “sentido”: ¿el conocimiento es de los “sentidos”, o del Sentido o el conocimiento es el Sentido o se confunde con el Sentido?

En cuanto a la respuesta que llamo “laica”, el mensaje que presupone tendría también un par de vertientes; la más corriente tiene que ver con la información, el mensaje es un “dar a conocer” de un objeto conceptual o de experiencia o de percepción que puede tener alcance literario —y por eso incluir un rasgo peculiar, justamente un dar a conocer al mismo tiempo que el contenido del mensaje su carácter propio, literario— o no tenerlo, o sea homologar el mensaje con el conocimiento y fundir las dos dimensiones, con prescindencia de cualquier factor que contamine ese objetivo.

El mensaje que en este contexto llamamos literario —más allá de cualquier generalización de la instancia del “mensaje” según la cual todo enunciado lo comportaría—, y que constituye el elemento central de una poética, se justifica a sí mismo por un lado porque parte de un preconcepto o lo afirma, el de la verdad que estaría dando a conocer y, por el otro, en virtud de la proyección social que aspira a tener y según la cual una vez recibido generará efectos; desde una perspectiva discursiva su rasgo principal es la performatividad puesto que “lo que da a conocer” modificaría un horizonte de saber y debería conducir virtualmente a una acción —que sería uno de esos efectos—, o al menos es lo que quien lo enuncia espera: su desembocadura más frecuente es la “denuncia”, que revela algo desconocido y propone una conducta a partir de lo que revela, su filosofía es la ética, su poética el realismo o el naturalismo, su modo suele ser la narración y su retórica la alegación y la demostración.

Sin embargo, y esto lo diferencia del mensaje que no es literario, implica algo más en su modo de enunciación y en la inscripción discursiva —novela, ensayo, cuento, teatro— a la que no renuncia; implica una acción de segundo nivel, emergente, que pide a su vez una doble lectura: por un lado se trata de la acción propia de su “ser literatura”, su “sí mismo” como identidad discursiva y, por el otro, se trata de una semiosis propia o, dicho de otro modo, su producción de significación más allá de la denuncia, el mensaje o la información.

El mensaje no literario es propio del discurso científico para el cual el “dar a conocer” y, por consecuencia, difundir conocimiento producido en general o apropiado del producido por otros, o generado por el mismo enunciador, es lo esencial y básico, apela a códigos que pretende inequívocos, despojados de ambigüedad, directos y precisos; el conocimiento que transmite en el mensaje que procura es específico aunque cada ciencia en particular posee modulaciones que, en principio, se corresponderían con el objeto cognoscible, cognoscente o conocido. Pero también es propio del discurso periodístico y de tantos otros

para los cuales “el mensaje no es el medio”. El conocimiento, en consecuencia, convoca, para este tipo de mensajes, a una lectura unívoca después de la cual el conocimiento que se propone implica un “aprender”, muy claro en el discurso científico, un “informarse” en el periodístico o en otros de similar alcance.

En cuanto al conocimiento de tipo religioso obviamente es menos precisable y sólo secundariamente promueve mensajes; en cambio se ampara en una verdad que dice conocer —la existencia de Dios— y que expresa verbalmente —la mística en términos generales—, o que intenta conocer —el nombre de Dios— y que expresa mediante hermenéuticas —la Cábala—. En ambos casos se trata de Dios; en uno el enunciador actúa como si lo conociera o bien como si, por el hecho de creer en él, lo conociera; en el otro, parte de un enigma oculto en la letra de los textos y cuyo desentrañamiento llevaría a un conocimiento absoluto.

Se diría que ambas vertientes configuran lo más fuerte de las tradiciones que intentan responder a la pregunta inicial, ¿conocimiento de qué? ¿Es posible otro camino? ¿O las tradiciones son tan fuertes que impiden pensar en otro camino?

Hay que decir que en ambas tradiciones lo que se puede entender por “conocimiento” es exterior, es de un previo, configurado, como está claro en el caso de la información o del mensaje de intención social, o amorfo, como en el de la idea de la trascendencia, que se trata de compartir con quienes no lo poseen, en el entendido de que desean hacerlo o ese deseo puede ser despertado si no se manifiesta directamente; si esto es así, la exterioridad es respecto de su propio origen como pulsión, o sea ¿por qué conocer? Y más aún de su sentido, ¿a qué conduce el conocer? Se supone que éstas no serían preguntas para los epistemólogos que, en cambio, se harían preguntas acerca del “cómo” y de la “forma” del conocimiento.

Pero poniendo el foco en la literatura y lo que depara, o sea en lo que se obtiene mediante la lectura, que es la vía para percibirlo, consideramos que habría no dos niveles de conocimiento sino tres; el primero, objetivo, es el de lo que la literatura enseña, imágenes del mundo, lecciones éticas, mensajes o informa-

ciones de “algo” que la lectura permite conocer; el segundo, epistémico, es el de la comprensión y aceptación que tiene la mirada cognoscente respecto de lo que es propio de la literatura como modo específico de articular lo que proporciona el primero; el tercero, subjetivo, es el del conocerse a sí mismo, como lo proponía la máxima socrática, en lo que la literatura proporciona; es también el *je est un autre* rimbaldiano o simbolista, es, en suma, un modo de la experiencia que tiene el sujeto de su propio sentido y no sólo de esas exterioridades que puede o debe incorporar por la vía del conocimiento.

Es en esta dirección que iban las preguntas iniciales, conocimiento de qué, siendo el qué el “sentido” pero instalado en el sujeto mismo. Desde luego que admitir esa tercera vía aparta de las dos tradiciones registradas pero aun así propone el enigma de los “restos” o, dicho de otro modo, de lo que podría quedar de ellas en diversas interpretaciones acerca del conocimiento. Si, por ejemplo, se admite que la teoría psicoanalítica “da a conocer” lo oculto, lo que está del otro lado, bien podría admitirse, como lo hace Pierre Legendre, que el psicoanálisis es una teoría judía, en el sentido de que prosigue una línea hermenéutica que procede de la Cábala, no porque el creador de esa teoría lo haya sido. Lo mismo podría decirse de la crítica literaria que intenta descifrar un “querer decir” que estaría más allá de lo dicho y que para hacerlo solicita instrumentos a otras disciplinas.

Esa vía libera al pensamiento de lazos y obligaciones y crea un nuevo espacio de reflexión que residiría ahora en lo que llamamos el “conocimiento de sí”, en tanto ese “sí mismo” es ser de “sentido”. Como lo somos todos aun sin saberlo o sin saber en qué consiste el sentido de lo que somos lo cual constituye una especie de inevitable pero vivible punto ciego para entender el “qué” del conocimiento.

Viene en auxilio de esta imagen un verso, ocasionalmente recordado, de Louis Aragon: *toi qui va demeurer dans la beauté des choses* proclama, a través de la voz del enunciador poético, alguien que va a morir. “La belleza de las cosas” como lugar de permanencia, lo cual hace pensar que en el verbo, *demeurer*,

reside toda la fuerza del verso y, acaso, el sentido, pues tiene sentido, en el momento culminante de la vida y en la inminencia de la muerte, extrañar “la belleza de las cosas” y reconocer en ella, porque se la va a perder, el sentido que reside en las cosas y que es lo único que podemos llegar a conocer.

Ésta es quizá una conclusión acerca del conocimiento; se pondría de este modo en evidencia al mismo tiempo su origen, como deseo y como finalidad y de ahí una transferencia a la literatura en general y a la poesía en particular, no porque en ese verso parezca entenderse que se lo ha comprendido, sino porque toda poesía pone frente al dilema: permite elegir entre lo objetivo y lo epistémico así como una deseable simultaneidad entre las dos dimensiones pero también, y ésa es la avenida que se abre, ante el ser del conocimiento mismo.

ÍNDICE

DISCURSO

La palabra y la resonancia, <i>Noé Jitrik</i>	9
--	---

RESPUESTA

Elogio de Noé Jitrik, <i>Jaime Labastida</i>	17
---	----

LÁMPARA DIURNA

Intentos

I. <i>Mundo literatura</i>	27
Un problema menor: la novela histórica	27
Monumento/documento, contemplación y lectura.	35
Representar.	43
Imágenes y estructura: tentaciones	52
Referente: la nada es imposible	60
La esfera	72
II. <i>Mundo poesía</i>	77
Incesante infinita poesía	77
Restos.	87

El detalle	92
Poemas, poesía, poética	96
<i>III. Mundo versión</i>	103
Traducir: un escollo	103
El circuito que tiene por objeto la traducción	110
<i>IV. Mundo interpretación</i>	115
Ejercicio analítico	115
Entre la demasía y la falta	120
Penúltimos fulgores del malestar	125
El dolor es un leño que arde. Padecimiento y semiosis.	142
La simbolización, una perplejidad	149
¿No todo es ficción?	156
<i>V. Mundo semiosis.</i>	165
Efecto	165
Transferencias	183
La belleza de las cosas	191
Negatividad	196
Lector: ser o no ser	205
<i>Bibliografía de Noé Jitrik</i>	213

EPÍLOGO

Una semiótica de la cultura, <i>Demian Paredes</i>	217
---	-----